

Índice

Prefacio	7
Los mortales de la casa	13
Charles Dickens	
El fantasma de la habitación del reloj	39
Hesba Stretton	
El fantasma de la habitación doble	60
George Augustus Sala	
El fantasma de la habitación del cuadro	80
Adelaide Anne Procter	
El fantasma de la habitación del armario	91
Wilkie Collins	
El fantasma de la habitación del amo B.	108
Charles Dickens	
El fantasma de la habitación del jardín	124
Elizabeth Gaskell	
El fantasma de la habitación de la esquina	185
Charles Dickens	

A mediados del siglo XIX los libros navideños de Charles Dickens se habían convertido en toda una institución nacional. Habían comenzado de forma triunfante en 1843 con *A Christmas Carol* (*Cuento de Navidad*), pero hacia el final de su vida pidió a sus colaboradores que le echaran una mano con sus escritos. *The Haunted House* (*La casa encantada*) se escribió en 1859 para la publicación semanal *All The Year Round*, y fue redactada por otras plumas además de la suya entre ellas Wilkie Collins y Elizabeth Gaskell. La extraña forma de estas historias, similar a la de *Las 1001 Noches*, se vio determinada por las circunstancias: tenía que idear una forma narrativa a la que pudieran acoplarse una serie de diversas historias de varios escritores, así que dio con la idea de varios amigos que aportaban relatos individuales de fantasmas, bien reales o imaginarios.

A pesar del título de estas historias, un tanto gótico en cierta forma, el relato introductorio escrito por Dickens, «*The Mortals in the House*» («Los mortales de la casa»), forma parte del periodo moderno. En el primer párrafo se hace referencia a la locomotora, y en verdad la preocupación por los fantasmas fue un tema de los años sesenta, cuando unos cuantos médiums espirituales mostraban sus habilidades ante la crédula audiencia. Un «vidente» o espiritista hace su aparición en este relato, como si de un benévolo sustituto de la verdadera experiencia religiosa se tratara.

Es evidente la melancolía que caracterizó al propio autor durante este periodo: el primer relato está repleto de imágenes de muerte e inconsciencia. Ocho años antes de su muerte anunciará «el gran juicio y el cambio que se producirá sobre todo animal o persona viva», con un tono casi de bienvenida. Estas impresiones son las que le producirá la casa encantada en cuestión, la «casa que todo el mundo evita», como pone por escrito. Pero siempre encontramos en sus relatos ese sentido del humor extraño y salvaje característico de Dickens: la comedia no estaba lejos de la superficie de su arte y de su vida, y no insistiría en romper con las circunstancias más desfavorables. Por ejemplo, describe a los criados aterrados por las apariciones: «Las mujeres (que tenían todas la nariz en un estado crónico de irritación por oler sales) estaban siempre listas y preparadas para desmayarse, y bien dispuestas a hacerlo a la mínima». A Dickens las criadas siempre le parecieron muy divertidas.

También se incluyen aquí episodios de su propia vida. Él mismo tenía un perro llamado Turk, al igual que el del narrador de este relato, y parece ser que él también vivió una vez en una casa, en apariencia encantada, en Génova. De hecho, Dickens había visitado hacía poco una casa inglesa, famosa por estar encantada, poco antes de escribir este relato navideño, aunque no se descubrió el motivo, para satisfacción del propio Dickens. En una visita posterior a un monumento invadido por un «espíritu», se oyó exclamar a Dickens: «¡Presten atención! ¡Si el fantasma se halla aquí, y lo veo, le pegaré un tiro, como que Dios existe!» En este relato se puede apreciar el mismo escepticismo y la misma cordura.

Las otras historias tienen menos mérito que las de Dickens: la energía y vivacidad de su prosa sugieren siempre un dominio y maestría que ninguno de los otros escritores posee

en verdad. Hay un relato sobre una angustiada pasión, un relato sobre la «fiebre intermitente», otro sobre una deslealtad familiar, y todos y cada uno de ellos ponen de manifiesto las características típicas de la literatura popular, propias de la época victoriana. Hay incluso una narración escrita en verso con esas mismas características, en prosa en esta edición. Sin embargo, sus dos últimos versos tienen cierto interés para cualquier estudiante de fenómenos paranormales del siglo XIX:

*Las esperanzas que, perdidas, aparecen en la lejana distancia
pueden ser la verdadera vida, y esta es el sueño.*

En la literatura victoriana hay un énfasis continuo sobre la creencia de que el mundo convencional de los negocios y de las preocupaciones —de la «lucha por la supervivencia», citando la frase utilizada en ese periodo—, es, en esencia, un sueño del que un día despertaremos. Esta es la aspiración de una civilización que descubre que su propia realidad resulta, en algunas ocasiones, insoportable.

Otro de los relatos de esta mezcolanza escrito por el propio Dickens es el titulado «El fantasma de la habitación del amo B.» y en realidad resulta una curiosa expresión de este personaje. En las primeras líneas del mismo anuncia su identidad permanente: «Era consciente de que había algo en mí», escribe, «que había estado ahí durante toda mi vida en todas sus fases y variedades y que nunca se alteraba». El verdadero significado de esto radica en cualquier parte, ya que este relato muestra un profundo interés por la sexualidad infantil. La historia trata de un «seraglio» o harén formado por ocho niñas que se convierten en esclavas y servidoras de un muchacho que es además narrador de la misma. Es de un gusto indescriptiblemente horrible, por lo que impactó al sentimentalismo de la sociedad victoriana, aunque a su vez resulta curiosa e instructiva.

La historia se escribió en una época en la que Dickens supuestamente tenía una relación apasionada con una joven actriz, Ellen Ternan, al mismo tiempo que se quejaba por una cierta «desgraciada indiferencia de esta época que nunca podría olvidar». La comparaba a las desgracias de su infancia, cuando sintió que había sido abandonado por su madre. No se sabe con certeza si la señorita Ternan y él llegaron a ser amantes, pero los hechos que recoge este relato sugieren que el amor era para él una experiencia insólita en comparación con lo que pensaría cualquier hombre. ¿Buscaba en esta historia de sexualidad infantil algún tipo de protección o de olvido en relación con el amor adulto?

El cuento termina con una invocación al «fantasma de mi propia infancia, el fantasma de mi propia inocencia, el fantasma de mi propia despreocupada creencia: aquel es el verdadero fantasma que habita en esta serie de historias. Es un fantasma porque nunca me topé con él, nunca lo palpé, nunca pude estrecharlo contra mi pecho». La enrevesada sintaxis es aquí fruto de su propia confusión y desconcierto. La melancolía existente en «El fantasma de la habitación del amo B.» se asocia aquí con la resignación de «Los mortales de la casa». Las dos están llenas de la infelicidad del propio novelista porque su vida se acerca al fin, cuando descubre que sus inquietudes infantiles nunca le han abandonado. Como si de un documento de autorevelación se tratara, *La casa encantada* es uno de los documentos más importantes para cualquiera que esté interesado en explorar el genio de Charles Dickens.

Peter Ackroyd.

